

María Zambrano y el poeta

Por Mariano Rodríguez González

El alma poseída por el anhelo de lo inefable, el alma subyugada bajo la pasión del asombro, del pasmo originario ante lo infinito, tiene como seña de destino el florecer en su palabra dos formas de expresión: Filosofía y poesía. Por que el Ser se surca por estas dos sendas que se encuentran y se bifurcan, pero que señalan a la misma unidad primordial de la realidad. Por lo que son dos mitades complementarias del hombre, como dos caras de la misma moneda: de decir al Ser. No se encuentra el hombre entero en la filosofía, como no se encuentra la totalidad de lo humano en la poesía. Desde estas premisas debemos de entender el pensamiento fronterizo, pero no marginal de Zambrano, que, al mediar la vecindad entre pensamiento y poesía, gira, bajo una órbita espiral, en torno a aquel punto indescifrable, subterráneo de la vida, desde el cual emerge toda cifra y todo lenguaje.

Así, Zambrano asume como programa filosófico el inicial intento mediador de filosofía vida, enseguida entre pensar asume poetizar hasta llegar a su singular razón poética. El pensar para ella es, antes que nada, un pensar que cifra el sentir, un pensar cuyo centro gravitacional no se encuentra en los transmundos de la enteleguía pura que el sujeto crea y que entablan violencia sobre la vida misma, sino en el “logos sumergido” en las profundidades de la misma vida: entender lo que se siente sin anularlo, sin dejar de sentir,



una inteligencia que rescata a lo más lejano de ella: “Nada de lo real debe ser humillado”. Su método es una lógica del sentir, y por ello denuncia al pensamiento occidental su abandono a lo que la vida no sólo quiere, sino que exige, e imperativamente clama.

El sujeto se ha escindido de su propia sombra: la escisión entre vida y pensar, entre sujeto que vive las claridades conscientes y los fondos oscuros de su experiencia, entre acción y pasión. Todo esto la lleva a la necesidad de una sustitución de la pura lógica del concepto por una síntesis sin violencia (que produciría un pensar sin violencia) de filosofía y poesía, de pensar y sentir.

Así mediante la intencionalidad simbólica y poética Zambrano busca llevar la razón hasta el *humus* vital del que el hombre se encuentra escindido y separado. Quiere llevar a la razón, a Descartes y a Husserl, y a toda la filosofía al “barro de la tierra”. Para ello es un eslabón esencial lo que una filósofa como Zambrano piensa de la poesía y del poeta, y los puntos de encuentro y desencuentro que tienen con el pensar. Esta ponencia sólo habrá de delimitarse en la morfología que hace del poeta.

El poeta, en calidad de su errante pasión por la palabra, es poseído por el afán de decir lo indecible, cifrar lo indecifrable, en esta forma paradójica de rayar en los límites del lenguaje radica su más íntimo clamor, su más profundo canto, su marcado y singular destino.

Sin embargo el filósofo también participa de la necesidad originaria de expresar lo inexpresable, de volcar en el lenguaje lo insondable, lo omniabarcable en que constituye el ser. Y es aquí donde entra Zambrano a determinar la poesía a partir del contraste con la filosofía y también los encuentros y confluencias en que convergen tales formas de la palabra. Se instaura el horizonte abierto de una relación que traspasa tanto la historia como el corazón humano y que en un momento nace como desamor (erradicación y exilio de



la poesía en la República de Platón); y en otro momento tal relación llega al cenit de la conciliación en el romanticismo en que la poesía y la filosofía se abrazan, llegando a fundirse en algunos momentos con una furia apasionada; como amantes separados largo tiempo y que en su encuentro presienten que su unión no será duradera, se funden con la pasión que precede a la muerte.

Siendo dos formas de la palabra que se revisten de mundo, no nacen de heterogéneas raíces en la naturaleza humana, de ahí que Zambrano llega a preguntarse: “¿qué raíz tiene en nosotros pensamiento y poesía? No queremos de momento definir las, sino hallar la necesidad, la extrema necesidad que viene a colmar las dos formas de la palabra”. Así Zambrano trata de lanzar el anzuelo hacia las profundidades interiores del océano sin fin de la naturaleza humana, para anclar en la raíz misma de la palabra; en un punto primero en el que el logos profundo de las cosas es la brújula y señal de nuestra delirante lengua; tal vez por ello un poeta decía a los poetas: “¡Poetas, no canten a la rosa, dejad que florezca en su palabra!” De ahí que, a pesar de la diferente senda en su cavilar apalabrados podemos interrogarnos: ¿a qué amor menesteroso vienen a dar satisfacción y cuál de las dos necesidades es la más profunda?

Filosofía y poesía comparten las mismas fuentes de la palabra primordial; tal fuente es efecto ante el vértigo que nos ocasiona el mundo en tanto infinitamente diverso, inagotable en sus formas, singularidades y policromas figuras, esta fuente es el asombro, la admiración. La admiración, estado espiritual en que se nos ofrece primigeniamente el mundo, es infinita, insaciable y no quiere decretar su propia muerte. Sin embargo, en la filosofía la admiración encierra, en tanto que fuente del acto teórico, un doble movimiento: el ser primeramente pasmo extático ante las cosas y el violentarse enseguida para liberarse de ellas en búsqueda de una unidad que trascienda la multiplicidad; liberación de la zozobra e incertidumbre que nos causan las infinitas apariencias pluriformes en pos de aquella idea inteligible que las explica



y unifica, la cual no se nos da de manera inmediata, sino por el camino arduo, el esfuerzo metódico por esta captura de algo que no tenemos. Así la filosofía es un éxtasis fracasado por un desgarramiento, por el ímpetu de desprendimiento.

El poeta en cambio no es capaz de violentar lo que se le ofrece en la plétórica inmediatez. Su vista se enreda amorosamente en la hoja o en el agua clara de la fuente y, poseído por una trémula devoción, no es capaz de cerrar los ojos, y buscar una hoja más verdadera, dándole la espalda a la bella textura de la superficie que reclama la atención de los sentidos. El poeta es fiel a la presencia inmediata de las cosas, fiel al cáliz abierto de la gracia natural: modo originario de ofrendarse a sí misma la vida. El poeta no surca el mundo con la búsqueda del trasunto ideal; se entrega a corazón abierto y devoción dispuesta a lo que tiembla de tan cercano.

El poeta es fiel a la primitiva devoción extática de las cosas, se siente lleno de ellas porque de una u otra manera las huellas de las cosas las siente impresas en su interior, se siente inflamado su pecho de ellas; y no es que posea en sí las cosas, sino que, por su vientre dispuesto al amor, es poseído por ellas: “lo que el filósofo perseguía lo siente ya dentro de sí en cierto modo el poeta”.

Con la filosofía, la vida, las cosas son exprimidas, son descarnadas con intelectual crueldad por la persistente interrogación. El pensar no acepta la inmediatez del don de las cosas; la filosofía y lo que se da por donación, por gracia es incompatible; el filósofo es el hombre que saliendo de la angustia o del naufragio ante lo incierto, encuentra por sí su ser y el ser. El filósofo es la búsqueda del sí mismo, la búsqueda de aquel ser que sabe que no tiene, del cual es carente: El filósofo define la vida por su manquedad por su insuficiencia, y parte de ésta para encontrar por sí mismo el camino que lo conduzca a completarse.



Filosofar es vivir en el incesante esfuerzo de la tensión que encuentra y pierde la unidad. Por ello no acepta lo que se le ofrece gratuitamente, inmediatamente, sino que a la presencia inmediata siempre la pone en entredicho y le da un rodeante olfateo con gesto de sospecha y reserva. Y le pide cuentas, la somete al tribunal del interrogatorio: el pasmo originario pasa por la criba de la inquisición del intelecto, convirtiéndose en el martirio, en el calvario del pensar y de la vida, o del pensar la vida.

La razón tiene el papel del bisturí, el bisturí de la lucidez: cortar, lacerar, escindir el cuerpo vital, desmembrándolo en una multiplicidad de representaciones, por medio de la llamada abstracción (que es separación) y con una fina, precisa, lacerante taxonomía, ubicándolo en habitáculos refrigerantes, con fines de fijación y conservación, denominados conceptos.

En tal contraste, el poeta no nace de la búsqueda, porque su fin no es encontrar, ya que él mismo es de por sí encontrado, encontrado por las fuerzas y espíritus del cielo y de la tierra, por las almas inasibles de las cosas: "...se siente morada, nido de algo que le posee y lo arrastra". Y si el filósofo parte del déficit, de la falta de ser para llegar a ser sí mismo, el poeta es presionado hacia el paroxismo del exceso, hacia la transgresión del límite de la cordura, ese límite que cerca al yo; por lo que irremediamente en su delirio ha de cantar lo que no comprende. Su delirante lengua es movida por aquellos espíritus, divinidades misteriosas que habitan en su interior, que convulsionan su pecho. "Mientras el filósofo trata de ser sí mismo, el poeta agobiado por la gracia, no sabe qué hacer".

El poeta se convierte en mártir de la palabra, pues no puede querer otra cosa que lo que ya en su ser íntimo exige ser cantado, no puede elegir otra cosa que ser esclavo devoto de la voz que se ha sembrado en su interior.



El poeta no eligió ser poeta. Por ello es irresponsable y no es capaz de decidir. Y si ha llegado a tomar una decisión es, como dice Zambrano, para abandonar la poesía, para dejar de ser poeta y, como en el caso de Rimbaud, hundirse en el silencio de lo sencillo, o en la estrategia astuta del mercenario.

María Zambrano nos dice que, al ser esclavo el poeta de la palabra y no dueño como lo pretenderá el filósofo, se consume en ella ardiendo como la llama, se consagra totalmente a ella en el delirio, porque en éste la palabra brota en toda su pureza originaria. Y más radicalmente llega Zambrano a decirnos que hay que pensar que el primer lenguaje tuvo que ser delirio.

